

A esa multitud incontable de estrellas comparaba tambien el mismo Dios la posteridad que habia prometido á Abraham y á David, porque esa posteridad designaba al pueblo escogido, y éste, á su vez, figuraba al pueblo cristiano.

En esta doctrina se apoyaba San Ambrosio para asegurarnos: "que así como la luna simboliza á la Iglesia, así tambien las estrellas nos figuran "á sus hijos" ¹ —añadiendo San Gregorio—"que especialmente simbolizan á los justos, porque éstos viven en medio de los impíos, disipando con "la luz de sus virtudes, las oscuras tinieblas que derraman los pecadores "en el mundo" ²

Interpretemos ahora, siguiendo este mismo pensamiento, aquellas palabras del Salmista: "Dios sabe el número de las estrellas, y las llama á "todas por su nombre" ³ "¿Es acaso para Dios de algun trabajo—dice San "Agustin—llamar y contar los astros que pueblan el firmamento, cuando "Él sabe contar los cabellos de nuestra cabeza?" Mas esas estrellas de que habla el Salmista, son las lumbreras de la Iglesia que tanto nos consuelan en la noche del mundo, y que Dios va enumerando una por una, porque se regocija en contar á sus elegidos que reinarán con Él eternamente. ⁴

III.

"El Apóstol San Pablo nos enseña "que las estrellas se diferencian entre "sí por su claridad." *Stella, enim a stella differt, in claritate.*" ⁵ En tal virtud, y considerando los cuerpos celestes, segun la opinion de San Ambrosio, como la imágen de los cuerpos resucitados, en este sentido debe "explicarse la diferencia que hay entre ellos: porque una es la claridad del "sol otra la de la luna; y aun es diversa la que las estrellas tienen entre sí. "Los justos—dice este Santo—aunque están dotados de una misma naturaleza, son muy distintos en su gloria.

Porque aquellos que por sus méritos han reportado ciento por uno, serán comparados á la claridad del Sol, siguiendo las palabras del Salvador que dijo: "*Los justos brillarán como el sol, en la casa de mi Padre.*" Mas los que hubieren alcanzado como sesenta, serán semejantes á la luna; y los que hubieren conseguido como treinta, imitarán la hermosura y claridad de las estrellas más brillantes. Pero los hombres, que no hubiesen podido llegar á esos tres grados, serán representados por las estrellas más opacas; y la perfidia de los pecadores, lo será por aquellas otras estrellas más sombrías, y las últimas de todas, á las que el Apóstol San Júdas designa con

1 S. Ambr. De inst. Virg. C. II.
2 Greg. Mag. Moral lib. XVII, cap. 16.
3 Ps. CXLVI, 1.
4 In Ps. CXLVI, 9.
5 1^a ad. Corinth XV, 41.

1 Ep. Judo, 13.
2 S. Ambr. Com. Epist. 1^a ad Corinth.
3 Job. XXV, 5.
4 S. Greg. Mag. Mor. Lib. XVII, 16.
5 Dan. XII, 3.

LAS ESTRELLAS.

Los Angeles.—La posteridad de Abraham y el pueblo cristiano.—Los escogidos.—Diferencia de mérito y de gloria.—Las estrellas errantes.—Las manchas en las estrellas.—Los Doctores.—Las estrellas caídas.—La estrella de los Magos.—Maria.

II.

Los Doctores de la Iglesia unánimemente consideran las estrellas del cielo, como una imágen viva de los predestinados.

el nombre de "errantes" ¹ porque en efecto, ellos han imitado sus errores. ²

IV.

El Santo Job nos dice: "que la claridad de las estrellas, aun de las más brillantes, no está sin mancha en la presencia de Dios." ³ Así es, que nada hay puro delante de Él.

Por esto—dice San Gregorio—"que debiendo juzgarse nuestras acciones delante del Soberano Juez, aun los méritos y la vida de los justos, no aparecerán sin mancha; y que por lo mismo todos tenemos necesidad de ocurrir á su divina misericordia." ⁴

¡Oh Dios santísimo! oh Dios purísimo! oh Dios mio! Si hasta en la hoguera más brillante de vuestras estrellas encontráis manchas, ¿cómo apareceré yo, en vuestra presencia? y si fijáis vuestras miradas en mis culpas, ¿quién podrá sostenerme? Solo Vos, con vuestra gracia, podéis volver á mi alma su primitiva hermosura y limpieza! Ah! ¡tened piedad de mí, según la medida de vuestra grande misericordia!

V.

La gloria que está reservada á aquellos que hubieren predicado la palabra de Dios y enseñado su justicia, nos la indica el Profeta Daniel con estas palabras: "*Fulgebunt sicut stellæ, in perpetuas æternitates.*" ⁵ Brillarán como las estrellas, por la duración eterna de los siglos.

En el Libro del Apocalipsis nos muestra el Apóstol San Juan este mismo símbolo, en el misterio de las estrellas que figuran á los siete Angeles Doctores y Apóstoles de las Iglesias primitivas; y San Gregorio nos dice por último:—"Que estos Doctores lucirán lo mismo que las estrellas en medio de las tinieblas de la noche, porque con sus trabajos vinieron á ayudarnos en todas las necesidades espirituales que sufrimos en la noche pavorosa de esta vida terrestre."

"Ministros del Señor, predicando su palabra cerca de nosotros, lo mismo que los Angeles ministrándonos la gracia interior, los Santos Doctores han arrojado sobre nuestras almas, la brillante luz de sus discursos; y por consiguiente, han sido como los Angeles, otras tantas estrellas que nos dirigen, y que serán coronados en el cielo como ellos en perpetuas eternidades."

"Desgraciados de los Pueblos—sigue diciendo el mismo Santo en los

1 Ep. Judæ, 13.
2 S. Ambr. Com. Epist. 1^a ad Corint.
3 Job. XXV, 5.
4 S. Greg. Mag. Mor, Lib, XVII, 16.
5 Dan. XII, 3.

"cuales, se cumple al fin, aquella amenaza terrible del Señor, de retirar su "estrellas y guardarlas como bajo de un sello, haciendo que los predicadores de su divina palabra, guarden silencio, para privar así de sus celestiales luces á los ciegos é infelices pecadores." ¹

VI.

En la Escritura Santa se nos presenta á Lucifer como el astro más brillante de los cielos, precipitándose en los abismos y arrastrando tras de sí algunas legiones de Angeles, que juntamente con él fueron castigados; y Jesucristo nos habla tambien en su Evangelio, de ciertas estrellas que caeran del cielo. "*Stellæ cadent de Cælo.*" ²

Estas estrellas caídas del cielo, no solamente simbolizan á los Angeles caídos, sino tambien á los justos que no perseveran.

Ellas, según San Ambrosio, nos figuran á los hijos de Abraham, á quien Dios había prometido, "*que su posteridad brillaría como las estrellas.*" ³

Y no tiene la Iglesia casi diariamente la necesidad y la desgracia de llorar la caída de algunos hijos suyos, que en un tiempo la ilustraron con el esplendor de su ciencia y su virtud, y que despues vinieron á ser los apóstoles del error y el escándalo de sus hermanos?

¡Oh hombres que os creéis firmes! ¡temed una caída! "*Qui stat videat ne cadat*" ⁴ Mientras más grande es la elevación del cristiano, más lastimosa y horrible puede ser su caída.

Sostenedme pues, ¡oh Dios mio! con la fuerza poderosa de vuestro brazo, como sostenéis las estrellas en el cielo, porque si me abandonáis, pereceré.

VII.

Cuando el Profeta Balaam, anunciaba la venida del Salvador de los hombres, decía: "Saldrá una estrella de Jacob." ⁵

Esta profecía vino á realizarse con el nacimiento de Jesús.

Según cuenta el Evangelista San Mateo, "los Reyes Magos vinieron á Jerusalem, guiados por una estrella que habían visto en el Oriente." ⁶

Seguieron la estrella y ésta no se detuvo sino hasta llegar á donde estaba el niño Dios.

Los Angeles—dice San Agustín—anuncian el nacimiento de Cristo á los Pastores, y la estrella lo avisa á los Magos: por esto debemos entender que el cielo es el que siempre nos habla. ⁷

1 S. Greg. Mor. lib. IX, cap. 8.
2 S. Mat. XXIV, 28.
3 Coment. in Ev. Luc. lib. X, c. 20.
4 Corint. X, 12.
5 Num. XXIV, 17.
6 S. Mat. II, 2.
7 S. Aug. in serm. Epiph.

Los Ángeles habitan en los cielos, donde también brillan las estrellas: así es, que tanto los Ángeles, como los cielos y las estrellas, nos cuentan la gloria de Dios. Mas era conveniente—agrega San Gregorio—“que un Ángel, criatura racional, fuese enviado primero á los judíos que sabían más “de su razón, mientras que los gentiles, que la habían perdido, debían ser “conducidos á la cuna del Salvador, no por la luz de la palabra, sino por “el brillo y claridad de las señales.”¹

“Cuando Jesucristo hubo llegado á la plenitud de su existencia, los Apóstoles lo anunciaron al mundo: Mas una estrella lo dió á conocer cuando “era niño y aun no hablaba.”²

El genio de los Santos Padres es de una fecundidad maravillosa, interpretando la estrella simbólica de los Magos.

Orígenes, vé en ella un indicio de la Divinidad del Salvador.³

San Agustín una señal de su dignidad real.⁴

San Remigio pregunta—“si esta estrella no será una significación de la divina gracia?”⁵ La antigua gloria de las Sagradas Escrituras reconoce en ella un emblema de la fé cristiana que eleva las almas y las guía á Jesucristo.

Por último, San Ambrosio nos dice con más distinción: “que esta estrella es el camino, y que este camino es Jesucristo: porque Él ha venido á ser en su Encarnación nuestra estrella; aquella estrella espléndida y matinal, que no se dejó ver en los lugares en que reinaba Herodes, “pero que sí volvió á manifestarse con todo su brillo, señalando el lugar “donde estaba el Salvador.”⁶

¡Oh Jesús mio! ¡Vos sois la estrella, porque Vos sois el camino; y la estrella me conducirá á Vos, porque Vos sois la verdad y la vida!

VIII.

“Estrella de la mañana” y “Estrella del mar” son los nombres que usa la Iglesia con frecuencia cuando invocó á María.

Pero dejemos hablar á San Bernardo: dice este Santo Doctor, “que María es para nosotros la estrella de Jacob, con cuyos rayos se ilumina el “mundo, y que tanto por sus méritos como por sus ejemplos, es la estrella que difunde la claridad de su brillo en las borrascas y tormentos de “la vida. ¡Oh! ¡Vosotros desgraciados que arrastrados por las corrientes “del siglo vais caminando á merced de las tempestades, en vez de fijar “vuestras plantas sobre tierra firme! Jamás apartéis vuestras miradas de “ese astro que os ilumina; si soplando el viento de las tentaciones, fuéreis

¹ S. Greg. Hom. X, in Evang.

² S. Greg. ib.

³ Orig. Hom. XXVIII. in Núm.

⁴ Aug. in serm. Epiph.

⁵ Cat. Aur. c. I, Math.

⁶ S. Ambr. suppl. Luc. lib. II.

“á chocar contra el escollo de la tribulación; mirad esa estrella, invocad “á María. Si impelidos por las olas del orgullo, de la ambición ó de la envidia, sois arrastrados de aquí para allá, mirad esta estrella, invocad á “María. Si la avaricia, la cólera ó cualquiera ímpetu de las pasiones, sacud “de vuestra miserable barquilla, mirad siempre á María; y si turbados por “el recuerdo de vuestros crímenes, ó avergonzados por el estado de vuestra conciencia, ó en fin, espantados por los juicios de Dios estais ya sobre “el abismo de la desesperación, ¡ah! pensad en María! que su bendito y “dulce Nombre, esté siempre en vuestros lábios, y su amor siempre en vuestro corazón.”¹

¡Oh María, *Estrella del mar*, sálvame del naufragio del mundo! ¡Oh María, *Estrella de la mañana*, muéstrame aquel eterno día que jamás acabará.

MA

¹ Ex Hom. II, sup. “Missus est.”

LAS NUBES.

Vanidad de la vida.—Misterios.—Figuras y Parábolas.—María.—La carne de Jesucristo.—Su vida oculta.—Jesucristo comparado á la nube.—Los predicadores de la divina palabra.—La luz al traves de la nube.—La nube más pequeña da una gota de lluvia.—La nube del Tabor y la del Tabernáculo.

I.

LA nube que pasa sobre nuestras cabezas sin dejar huella alguna de su rastro, es una de las imágenes que emplea el Autor del sagrado libro de la Sabiduría para hacernos patente la vanidad de la vida.

“Nuestra vida—dice—pasa y desaparece como la nube que se desbarata sin dejar vestigio de su tránsito. *Et transibit vita nostra etc.*”¹ Y en toda la Escritura Santa encontramos multitud de símbolos que nos hacen comprender claramente la vanidad del mundo. ¡Oh! ¡Esta verdad es ciertamente aterradora!

Una nube que muy rara vez deja llegar hasta nosotros algunos rayos opacos del sol, porque frecuentemente aparece cargada de tempestad; una nube arrebatada por los vientos y reemplazada por otra que viene tras de ella; una nube que á larga distancia parece alguna cosa á nuestros ojos y que es nada cuando la vemos de cerca. ¿no es en verdad una imagen fiel de la vanidad de la vida?

II.

Las nubes extienden sobre el sol sus prolongados velos escondiéndolo y robándolo en parte á nuestras miradas; y por esta razón, en la divina Escritura, las nubes significan ó nos simbolizan los grandes misterios que se encierran en las verdades divinas.

“El trono del Altísimo—dice el Eclesiástico—está en una columna de

¹ Sap. II, 3.

“nube:”¹ porque Dios está en relación á nosotros en un insondable misterio.

Y así como una nube espesa cubría el Tabernáculo donde el Dios de los judíos hacia escuchar á su pueblo la voz de sus declaraciones, así tambien para guiar á los hebreos por el desierto, ocultaba su divina presencia bajo una columna de nube; mas del seno de esta misma nube lanzaba palabras con que hablaba á su pueblo: *et incolumna nubis loquebatur ad eos.*²

Esto hacia preguntar á San Agustín: “¿por qué el Señor no hablaba á los judíos sino por medio de símbolos y bajo ciertas y determinadas figuras? Porque esta nube—respondía el mismo Santo—solo debería disiparse cuando el mismo Jesucristo dejase escuchar su voz; y entónces se vería, que lo que en la nube era ininteligible, despues habia de ser comprendido por todos los hombres.”³

Ya hemos visto en otra parte que este mismo Santo nos ha presentado los cielos como un símbolo de la Santa Escritura, é interpretando aquel verso del Salmista: “El Señor cubre el cielo con sus nubes, y así prepara la lluvia para la tierra,” nos vuelve á preguntar: “¿Y qué son estas nubes si no las figuras y los misterios, que están encerrados y escondidos en nuestros libros santos?”

“Aquel que humilla á los pecadores y tiene piedad de los humildes, nos cubre el cielo con sus nubes y así nos prepara la lluvia. Nosotros nos llenamos entónces de pavor porque no vemos el cielo; mas cuando la lluvia desciende de la nube, fertiliza nuestros campos, y viene despues el buen tiempo, entónces tambien nos llenamos de alegría. Muchas veces la misma oscuridad de las Santas Escrituras nos dá motivo para deciros tantas cosas, que como una lluvia fecunda vienen á llenar de regocijo nuestros corazones. Dios ha querido que las palabras de los profetas fuesen oscuras, para que interpretándolas los doctores pudiesen ejercer sobre los hombres una influencia saludable, y les comunicasen, interponiéndose como las nubes, la abundante lluvia de los gozos espirituales.”⁴

III.

La nube aparecida al Profeta Elias⁵ que apenas era visible al principio y que despues invadió la inmensidad de los cielos; la que invocaba Isaías cuando exclamaba: “Que esta nube llueva al justo;”⁶ y la que, siguiendo las expresiones de este mismo Profeta, “llevaba al Señor cuando entró en Egipto,”⁷ segun la opinion de los Padres de la Iglesia no significaban otra cosa más que á María Santísima: estando, además, unisonos en compa-

¹ Eccli. XXIV, 7.

² Ps. XCVIII, 10.

³ S. Aug. in Ps. XCVIII.

⁴ S. Aug. in Ps. CXLVI, 15.

⁵ 3. Reg. XVIII, 44.

⁶ Isai. XLV, 8.

⁷ Isai. XIX, 1.

rar con estas nubes la carne adorable del Hijo de Dios, la cual nos encubría su divinidad.¹

En Belem y Nazaret se nos dejó ver como envuelto en las nubes de su vida oculta; y cuando comenzó la carrera de su Apostolado no hablaba sino por medio de parábolas, veladas con nubes tan oscuras como aquella cuestión que propuso á sus Apóstoles cuando les dijo: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?”² “El mundo no veía en Él más que una nube que le encubría—dice San Agustín—y por eso sus discípulos le respondieron:—“Unos dicen que San Juan Bautista, otros que Elías y otros que Jeremías. Ved aquí las nubes bajo las cuales se ocultaba Jesucristo: Mas San Pedro respondió por todos los Apóstoles, diciéndole: “Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo:” como si le dijera con el Profeta Rey: “¿Quién hay en las nubes que pueda igualarse con el Señor?” *Qui in nubibus æquabitur Domino.*”³

La divinidad del Salvador se abrirá paso entre las nubes en el último día de los tiempos, apareciendo entonces sobre ellas con todo el aparato de su gloria, ante cuya presencia desaparecerán para siempre.

IV.

Cuando las nubes cubren el brillo del sol, nos traen á la memoria la oscuridad ó el misterio que rodea las cosas santas; mas cuando derraman la lluvia y su fecundidad sobre la tierra, los Santos Padres no pueden menos que ver en ellas la imágen de los predicadores del Evangelio.—Aquí abundan los textos que corroboran la verdad de este símbolo.—“Las nubes—dice el Profeta Rey— dejaron oír su voz: ¿Y qué voz fué ésta sino la voz de la verdad? “Si—agrega el Profeta—“la verdad de Dios ha penetrado hasta las nubes. *Veritas tuas usque ad nubes.*”⁴

Y efectivamente, “¿cómo la verdad divina hubiera podido llegar hasta nosotros—pregunta san Agustín—si hubiera permanecido oculta y encerrada en la profundidad de los cielos? Mas descendió á las nubes, y éstas la esparcieron sobre la tierra.”⁵

De la misma manera, así como la verdad divina viene á nosotros pasando por los Predicadores Evangélicos, así también nuestros débiles espíritus llegan á remontarse por este medio hasta el conocimiento de la verdad. En igual sentido, sigue interpretando el mismo Santo este otro texto de David: “¿Señor! Vos habeis puesto las nubes como una escala para llegar á Vos.” *Qui ponet nubem ascensum tuum.*”⁶

Oigamos finalmente á este admirable predicador comparándose él mis-

¹ S. Greg. hom. in Ezech lib. I, 8; S. Aug. in ps. LXXXVIII, serm. I, 6.

² S. Mat. XVI, 13.

³ Ps. LXXXV, 8.

⁴ Ps. XXXV, 6.

⁵ In Ps. XXXV, 8.

⁶ Ps. CIII, 3.

mo con esas fecundas nubes: “Pluguiera á Dios—exclamaba una vez—que no fuera tan indigno para contarme en el número de esas nubes: vosotros mismos que me escuchais llevariais la prueba. Si yo hubiera sabido predicaros, si mis trabajos y sudores no hubieran sido del todo infructuosos, os hubiera encumbrado por mis predicaciones hasta el cielo de las Santas Escrituras que guardan la verdad.”¹

V.

Las nubes no solo derraman sobre nosotros su lluvia bienhechora, sino que interponiéndose entre nosotros y el sol, nos defienden de sus ardientes rayos, de los que ellas quedan impregnadas; y esa luz templada por las nubes ¡cuánto mejor es para nuestros débiles ojos!

Las nubes derraman su luz—dice Job:—*nubes spargunt lumen suum.*”² “Cómo se explica esto?—pregunta San Gregorio:—Porque los Predicadores de la divina palabra, al mismo tiempo que fecundan nuestras almas con el riego de su predicación, las iluminan y regocijan con el brillo de sus virtudes. Feliz, pues, el suelo privilegiado sobre el cual pasan estas nubes que esclarecen y fecundizan; pero desgraciado de aquel que ha merecido aquella terrible sentencia del Señor:—mandaré á mis nubes que no lluevan sobre él.”³—Desgraciada el alma que no vuelve á ver más la luz, “al ménos al traves de las nubes.”⁴

Cuántos pueblos, ¡Ay de mí! han visto pasar sobre ellos esas nubes bienhechoras, “pero solo Dios, como se lee en el libro de Job. conoce los grandes senderos por donde ellas caminan”⁵! Ah! temamos, no sea que el Señor las arroje hácia otras regiones lejanas, para que jamás las volvamos á ver; sí, temamos, no nos vuelvan á rociar con las lluvias de la divina palabra, ni á iluminarnos con la luz de los buenos ejemplos; temamos por último, que este cielo no llegue á ser como de bronce sobre nuestras cabezas.

VI.

Por el hecho solo de ser cristianos, todos debemos ser Apóstoles. Porque “Dios—dice el sagrado libro del Eclesiástico—ha confiado á cada uno de nosotros el cuidado de nuestro prójimo.”⁶ Así es que todos recibimos como herencia cierta porción de bienes espirituales, de los que debemos hacer partícipes á nuestros hermanos; y aun cuando no podamos compararnos á esas grandes nubes que derraman con abundancia por toda una region la fertilidad y la riqueza, al ménos procuremos, porque es nuestro deber, imitarlas

¹ In ps. CIII, serm. I, 11.

² Job. XXXI, 11.

³ Isai. V, 6.

⁴ S. Greg. Mag. lib. XXVII, morol. cap. 31.

⁵ Job. XXXVII, 16.

⁶ Eccli. XVII, 16.

hasta donde nos sea posible. Mas ¡ay de mí! cuántos cristianos merecerán “se les eche en cara aquellas palabras del Apóstol San Júdas cuando dice: —“que son como nubes sin agua *nubes sine aqua*.”¹

¡Ah Señor! que yo no incurra en semejante desgracia! “Bien sé, que no soy más que una nubecilla: ¿qué fertilidad puede esperarse de mí.....Sin embargo, una buena palabra, un aviso oportuno ó un ejemplo que edifique, vendrán á ser como una gota de agua, pero con esta gota tal vez podré “refrigerar la sed ardiente de algunas almas.

VII.

“Al encarnarse el Verbo divino, quiso que su divinidad quedase oculta “bajo la nube de su carne mortal: esta nube era mucho más espesa que aquella otra bajo la cual también se oculta á nuestros ojos en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Así es que, cuando me acerco al Tabernáculo, no puedo ménos que exclamar diciendo: ¡Vos, Señor, no habeis puesto aquí vuestro Tabernáculo en el sol, sino en una nube! Mas esto no importa... porque al traves de esa nube espesa, mi amor os contempla!

En el Tabor comenzásteis á resplandecer con un brillo del todo divino á los ojos deslumbrados de vuestros discípulos, los que hablando entre sí, se decían: “*Qué bueno será que nos quedemos aquí*.”² Pero mientras ellos hablaban así, una nube los cubrió con su sombra, ocultándoles la hermosura de vuestro rostro.

Mas en vuestro Tabernáculo sucede todo lo contrario: al principio os envuelve una nube; pero esta nube se disipará y entonces aparecerá á nuestros ojos la hermosura de vuestro rostro, mucho más brillante que el sol por la duración inmensa de los siglos eternos.

¹ Jud. 13.

² Math. XVII.—Luc. IX, etc.

LA LLUVIA.

La misericordia divina.—La palabra de Dios.—
Las lluvias de la mañana y de la tarde.—La gracia.—Las lluvias del Invierno.—
Las lluvias del cielo llueven al justo.—Lluvia de la Escritura.

I.

EN medio de los ardientes calores del Estío, y cuando una abundante lluvia cae sobre la tierra seca, ¡qué alegría se difunde entonces por la naturaleza! las plantas marchitas recobran nueva vida, y el hombre renueva las esperanzas de alcanzar más rica cosecha.

El autor del sagrado libro del Eclesiástico compara la misericordia divina en los días de tribulación, á la lluvia que riega la tierra en tiempo de seca. “*Speciosa misericordia Dei in tempore tribulationis quasi nubis pluviae in tempore siccitatis*.”¹ Y en verdad, que la abundante lluvia que cae sobre la tierra seca, es una imágen dulcísima de la bondad de Dios.

Por esta razón el Señor prometía muy á menudo á su pueblo, enviarle la lluvia como una recompensa á su fidelidad; é igualmente cuando queria castigarle en su justicia, le anunciaba por medio de su Profeta que volvería el cielo de bronce. Mas esa lluvia material no era más que una vana figura, porque ¡cuánto mayor é incomparablemente más grande es la divina misericordia, especialmente cuando viene á caer como una lluvia sobre nuestra pobre alma! la va penetrando poco á poco; despues, refresca el corazón abrasado por el ardor de las pasiones y regándolo al fin, lo hace fecundo para el bien.

A nadie rehusa el Señor la lluvia abundante de su misericordia: Él la hace caer de un mismo modo sobre el campo de los justos, así como en el de los pecadores; y mientras más nos consagramos á exponerle por medio de la oración, lo inmenso de nuestras necesidades, más y más se complace en escucharnos... Despertando, pues, nuestra confianza, digámosle con fre-

¹ Eccli. XXXV, 26.